

EL CORREO LITERARIO.

PERIÓDICO POLÍTICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

COLABORADORES.

Arteaga Alemparte, Justo
Arteaga Alemparte, Domingo
Barra, Eduardo (de la)
Bello, Emilio
Barros Grez, Daniel
Espejo Juan N.
Gandarillas, Francisco
Lillo, Eusebio
Lira R., Pedro
Matta, Manuel Antonio

Matta, Guillermo
Moncayo, Pedro
Magallanes, Valentin.
Murillo, Adolfo
Murillo, Valentin.
Moreno, René
Rencoret, Ramon.
Sofía, Antonio
Solar, Enrique
Santacruz, Joaquin.
Valderrama, Adolfo.

SEGUNDA ÉPOCA.—**NÚM. 7.**—AGOSTO 21 DE 1864.

SANTIAGO.

Oficina central, plazuela de la Compañía.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD.

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Numero 7.

Oficina central, plazuela de la Compañía, junto a la Imprenta.

Agosto 21.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, AGOSTO 21 DE 1864.

¿QUE HAREMOS?

La cuestion peruano-española se complica. Las noticias recibidas por el último vapor, léjos de traer una solucion satisfactoria, han venido a esparcir de nuevo una justa alarma en todos los ánimos, porque segun ellas la guerra es ahora un hecho.

El gabinete de Madrid no quiere de ninguna manera que le regalen las islas de Chíncha, condena la mano que se las presenta, pero ya que se las han dado las acepta i envía buques para custodiarlas. No quiere reivindicar, no quiere reconquistar, quiere solamente quedarse con ellas.

Esto es mui lójico. Napoleon tampoco quería nada en Méjico, pero no pudo ménos que tomarse lo que alcanzaba con la fuerza de sus cañones.

Dentro de poco talvez el cañon de la antigua conquista volverá a resonar en las aguas del Pacifico i volverá a encenderse la lucha con su terrible cortejo de sangre i de desastres. Está bien. Pero ¿los tiempos de ahora son los de ántes? No; los pueblos son otros, como otros son los gobiernos; si estos han dejenarado, allí están aquellos para guardar el equilibrio.

Pero la cuestion presente no es solo de pueblos. Toca a los gobiernos americanos pronunciar la primera palabra en presencia de la iniquidad que va a consumarse. ¿Cual será esa palabra? He aquí la solucion del problema.

Pasó ya el tiempo de las vacilaciones, de las reservas diplomáticas, de los humillantes miramientos a las coronas. El secretario de Isabel nos lo anuncia terminantemente desde su sillón de las Cortes; desde allí ha pronunciado el reto i sin esperar contestacion hace que los hechos sucedan inmediatamente a las palabras.

¿Qué dirán de esto los reaccionarios que tanto han trabajado por apagar el entusiasmo del pueblo, que han calumniado a los buenos americanos i que han llevado su vergonzoso fanatismo hasta faltarles mui poco para doblar

desde aquí la rodilla ante el capricho de los tronos?

¿Nos dirán ahora que nos descubramos la frente para dejar pasar por nuestras costas a los que vienen con el puñal en la mano para asesinar a nuestros hermanos? Nos dirán aun, como dijeron de Méjico, que esa guerra es la paz, que los soldados extranjeros nos traen el bienestar, la civilizacion i el adelanto? Pretenderán aun atar las manos del gobierno para acusar al pueblo de loco i de revoltoso? ¿A dónde querrán llevarnos?

No; ni podrán decir tampoco, como ya lo han pretendido, que nada tenemos que hacer nosotros en la cuestion que se debate.

El Perú no es un pueblo solo; el Perú es la América, como lo es cada una de las Repúblicas del continente. La guerra, pues, no es con esa sola nacion, es con todas. Acaso la palabra *reivindicacion* suscite en ellos un nuevo pretexto para ocultar su miedo.

No queriendo reivindicar la España, es decir, no continuando la lucha del coloniaje, nosotros no podemos mezclarnos en ella, nos dirán; lo que va a dilucidarse son intereses privados, deudas internacionales que en nada nos tocan. Felizmente tenemos el ejemplo mui cerca i mui reciente para saber a qué atenernos con respecto a semejante argumento.

Por mas que los miedosos lo nieguen i lo prediquen, la guerra es americana i cualquiera de nuestros gobiernos que se encierre en la neutralidad será criminal, será traidor a la república. No lo tememos del nuestro; creemos sí, tenemos necesidad de creer que en caso de un rompimiento de armas, el gobierno de Chile sería consecuente con los gloriosos recuerdos de nuestra historia.

Todos los gobiernos de América tienen ahora un gran deber que cumplir: darse el santo i seña de la union i agruparse bajo una sola bandera. Esto es tambien lo único que le resta hacer a la diplomacia americana, para presentarse ante las naciones de la orgullosa Europa, grande, fuerte, poderosa como ellas, con un ejército dispuesto a defenderla a todo trance desde el Istmo hasta el cabo de Hornos.

Es cierto que se acusa al gobierno del Perú de faltar al honor americano, de sostener su bandera con una triste debilidad. Su reserva,

su inacción i mas que todo, su actitud dudosa han dado márgen a semejantes acusaciones. Pues bien; que sean entónces los otros los que lo obliguen a tomar el puesto que le corresponde en las filas del continente. Díganle que allí están ellos a su lado, pueblos i gobiernos, empújenlo si es necesario, porque la cuenta que debe dar es terrible.

Pero no creemos tampoco que, en el punto a que han llegado las cosas, el Perú necesite ser estimulado para lavar su honra.

I no se nos diga que somos locos, que la exaltación nos estravía, que tratamos de caer ciegame a un precipicio. Repetimos el ejemplo de Méjico. Los mismos que creían i garantizaban la palabra de Napoleón III ¿se atreverán a creer ni a garantizar la palabra de Isabel II? ¿Quién nos asegura que la monarquía española no quiere fundar en el Perú su cuartel jeneral de América, como lo fué en tiempos del vireinato?

No pedimos que se haga ni que se declare la guerra; pedimos solamente que se la acepte, para que no crea la Europa que nos puede mover con la punta de su pié i llevarnos tranquilamente al degolladero como un rebaño de ovejas. Pedimos que la América se una, que se prepare, que esté alerta, para que cuando el cañon de la invasión nos pida nuestra bandera, le diga arrogantemente: ven a tomarla, si puedes!

¡I VIAJE USTED!

SEÑOR DON J. J. P.

Destos lados del Sur, a 1.º de agosto de 1864.

Mi querido amigo:

Siempre hai cierto placer en recordar sus dolores, ha dicho no sé que filósofo de la antigüedad; i esto lo esperimento yo hoy, al escribirle, con el fin de hablarte de las molestras de mis pobres costillas, que están casi lo mismo que como quedaron las de don Quijote i Sancho, despues de aquella traposonda habida entre ellos. Maritornes, el arriero, el posadero i el hombre de la Santa Hermandad.

Ah! i qué caminos, hombre de Dios! Muchas veces llegué a creer, que el cielo estaba en polo austral, i que los que en la diligencia veníamos, marchábamos allá en derechura: pero vana esperanza de los adoloridos! por que en vez de haber llegado al cielo, hemos venido a parar a un verdadero infierno, como es este maldito pueblo, en donde por mis culpas me hallo desterrado. Creo que, fuera de haberme casado, no he cometido ninguna otra maldad bastante grande para hacermee merecedor de este castigo. Pero estubo de Dios, i se acabó. Con decirte que las doce o catorce familias que componen el pueblo se lo pasan peleando siete meses del año, i los otros cinco están mal, i en dime i diretes, las unas con las otras.... Pero esto te lo escribiré despacio, en otro correo. Por ahora no se me hace camino sino para darte cuenta de como me fué en mi viaje.

¡I los relijiosos nos dicen que el camino del cielo es malo! Pues yo te aseguro que no tiene comparacion con el del infierno, que es, sin duda alguna, el que hemos traído. Aunque llegué a llorar en el camino, me pasaron tambien cosas que son para reír. Figúrate: veníamos seis en la diligencia. Un viejo almirarado, cuya peluca tras-

cedía a almizcle desde léjos, un mozo alegre, vivarachito i medio travieso, vestido de punta en blanco; un hombre de buena edad i a quien llamaban don Pedro, francote, i de palabras de rompe i rasga; una señora cuarentona, que a todos dejaba entrever su soltería, acompañada de una niña de dieziocho años, cuya principal gracia consistía en ser tuerta de un ojo, i no muy derecha del otro, i tu seguro i afectísimo servidor. La niña llamaba primo al viejo; i este la dirijía, de vez en cuando, sus mohosas galanterías, que no había mas que ver, i miraba siniestramente al jovencito, quien habia hecho ya suma confianza con nuestros compañeros de viaje. Si no hai como estos viajes en diligencia para hacer confianza! Yo creo que las niñas que buscan suerte, en vez de estarse en su casa, i esperar a que aquella se les entre por la ventana, debían viajar en diligencia. Esto sería hacer su diligencia en diligencia.

Pues hombre, la cosa era para reír unas veces, cuando la conversacion animaba los semblantes i para llorar otras, cuando algun trastazo del coche nos hacia dar cabeza con cabeza.... ¡Malditos caminos! exclamaba entónces el viejo, mientras se arregaba la peluca, lo cual hacia reír a solapadas a la niña i al jovencito. (Este buen viejo, decia yo entre mi al observar esta sonrisa, haría mejor en pensar en otra que no en la tuertecita, mayormente cuando esta se ve con un mozo al lado. Pero el hombre estaba tan léjos de pensar en lo que yo pensaba, como de aquí a Roma, i solo se curaba, en ese momento, de ir bien firme en su banco, para no descalabrarse en un vaiven de la corcovadora diligencia).

De rato en rato, lanzaba el viejo su exclamacion favorita ¡Malditos caminos!! ¡I viaje Ud! ... Yo no sé en lo que piensa este gobierno, que....

—En lo que han pensado todos los gobiernos, contestó don Pedro; en ganar sus elecciones i en desatender todo lo demas.

—I seguirán pensando hasta el fin del mundo añadió proféticamente el mozo, sobándose una rodilla atormentada por un reciente golpe del coche.

—Oh, repuso el viejo: pero no dicen que este gobierno es....?

—Todas las castañas son iguales, replicó don Pedro; i lo mismo son las papas con arroz que el arroz con papas.

Pero, por Dios, dijo entónces el viejo ¿no tendrá esto fin alguna vez?

—Las elecciones, las elecciones tienen la culpa de todo, contestó formalmente don Pedro. I de no, vea usted....

—Pero ¿qué cuenta tienen las elecciones con los malos caminos?

—Pues, señor, la cosa es mas clara que caldo de pobre. Va a verlo usted. Todos los caminos en Chile podían ser buenos; i es una vergüenza que todos sean malos, cuando nuestras localidades centrales no presentan dificultades de ningún jénero. ¿Por qué no se abren las vías de comunicacion por los puntos mas apropósito? ¿por qué esas vías no se las trasa rectas, cuando esto, sobre ser una ventaja para el tráfico, sería un ahorro considerable para el fisco, que tiene que fabricar el camino? ¿Sabe usted por qué? Porque los vecinos ricos se oponen a ello, pues por no abrir a un rico propietario sus potreros planos serán capaces nuestros gobernantes de ver a sangre fria que el tráfico sufra i que el viajero dé mil vueltas i revueltas por quebradas i lomas como por las que vamos pasando ahora.

—Todo eso es cierto; pero....

—Cada propietario se cree con el derecho de variar los caminos por donde mejor le parece, i derramar en ellos el sobrante de sus regalados, porque no parece sino que los caminos por acá fuesen desagües comunes....

—Si; ya veo que los vecinos pueden ser los culpables; pero ¿qué tienen que ver las elecciones con....

—Muchísimo. Aguarde usted. Los gobiernos que no tienen una verdadera popularidad carecen de esa estabilidad que se ha menester, tanto para desarraigar las preocupaciones de los pueblos, como para contrariarlos en beneficio de ellos mismos. Tales son i serán, quién sabe hasta cuando, nuestros gobiernos. Ni aun el bien

pueden hacer, porque carecen de la confianza de las jentes; i para que un gobierno pueda hacer el bien, es menester que cuente con ser creído por la jeneralidad. Como le falta el apoyo de esta, tienen los gobiernos que buscar ese apoyo en uno que otro poderoso; i he aquí por que estos son los que imponen la lei en perjuicio público. ¿No le parece a usted?

—Es cierto.

—¿Cómo cree usted entónces que un gobierno se malquiste con un rico que puede cortar sus fines políticos, haciéndole mal tercio en las elecciones? Jamas, pues. Por esto es que los dejan hacer lo que se les antoja por acá.

—Ah! ya, ya.

—Por esto el tráfico público sufre...

—Oh! cierto.

—Por esto es que no se ven buenas vías de comunicación entre los campos productores i los centros de comercio.

—Ah! Ah! por supuesto!

—Las grandes haciendas de nuestros propietarios son un verdadero inconveniente para la viabilidad, que es la verdadera vida de los pueblos.

—Si, sí, por supuesto, la vida, la verdadera vida.

—I como nuestros gobiernos les tienen tanto miedo a los ricos propietarios, principalmente cuando son amigos...

—Es un miedo inmenso! Oh! por supuesto! cuando son amigos.

—Ese mismo miedo hace insuperables los inconvenientes para el establecimiento de un mejor orden de cosas.

—Oh! Eso es lo que yo también pienso.

—Pero si los gobiernos, prosiguió don Pedro, mandasen apoyados en la voluntad nacional, serian fuertes; i no tendrían necesidad de mendigar el sufragio o apoyo de tal o cual individuo, porque tendrían el de la multitud.

—I ganarían las elecciones sin esfuerzo alguno, agregó el jóven, mientras que ahora tiene uno que echar la gata gorda para...

—I esto, si al freír de los huevos, no se queda el aspirante con la pala i la horqueta, dijo maliciosamente don Pedro.

—Así mismo le ha pasado a un amigo mio, que ha venido a conocer no sé qué departamento de estos del sur, i ha traído el encargo de hacerse elegir diputado por esos ciudadanos.

—¿Si?

—De veras. Mi amigo está apoyado por un vecino rico. En cuanto a mí, tampoco temo, porque...

—Con que vienen por acá, exclamó don Pedro, medio amostazado, a conocer nuestros departamentos i ver a sus vecinos para hacerse diputados?... Esto se me figura a un hombre que va a reconocer un fundo puesto en arriendo, i examinar sus ganados, para ver si le hace cuenta el negocio.

Reímosnos todos de la ocurrencia de don Pedro; pero él en lo ménos que pensaba era en reírse. No parecía sino que algo le hubiese pasado al buen caballero con lo que el llamaba *ganadores de elecciones*, por que prosiguió diciendo, con bastante calor:

Lo que mas me admira es que los provincianos mismos sean los que alimentan estos cabuletes; que nosotros mismos nos prestemos a que nos ultrajen i vilipendien... Esos malditos encargados que los partidos tienen en las provincias son los que, enjandrando la division entre los vecinos, se oponen a que nuestras localidades progresen... Los gobiernos testarudos corrompen así a los pueblos, i preparan un...

—Uff! gritaron a este tiempo el viejo i la señora, por una horrosa topada de carnero que, en un vaiven de la diligencia, no pudieron evitar. Yo me disloqué un hombro, por venir desnudado i entretenido en la conversacion. En cuanto al jóven, se abrazó de la tuercecita, como para prestarle auxilio, i servirle de para-caídas. Pero no fué esto todo, sino que la mala suerte quiso que con el topón de las dos viejas cabezas, quedase la peluca del caballero enredada en el inmenso i singular peinado de la señora, con lo cual la cabeza de ésta tomó colosales proporciones. Fué menester que me doliese mucho mi hombro, para que yo no soltase la risa. El viejo entónces echó mano a su peluca, como el gavilán a su presa;

pero su desgracia hizo que trajese enredada con ella todo el peinado de la buena vieja, que entónces vimos que era postizo. Las dos cabezas, pues, quedaron peladas como bolas de billar; i aquellos despojados cráneos relucian como el marfil bruñado. Enojados ambos viejos, por el percance, se dijeron algunas duras palabras. La niña lloraba, yo no sé si por el golpe que se diera, o por la vergüenza de su tia (que tal era la señora); el jóvencito se ocupaba de consolarla i arreglarla el pañolón i mientras tanto, los dos con don Pedro hacíamos sobrehumanos esfuerzos por desenredar aquellas malditas pelucas, que no parecía sino que quisieran vengar una en otra la vergüenza que sus respectivos dueños habian pasado. Estaban como dos partidos políticos, en tiempo de elecciones: aquello no se entendía. Mas en fin, cortando mechas i rizos, sacando horquillas, i estirando los alambres de aquellos morriones capilíferos, conseguimos hacer lo que Alejandro con el nudo gordiano. Ambos casquetes volvieron a cumplir con su elevado i capital destino; ambas calvas se volvieron a ver cubiertas de mechas i rizos castaños. La niña se limpió definitivamente los ojos; el mal humor de los viejos se fué; la sonrisa volvió a todos los labios, i todas las frentes se estiraron, como dice un poeta que tú conoces.

Quien rompió el silencio fué el viejo diciendo entre dientes, (o mas bien entre encías, porque aquella boca era tan sin huesos como sin misericordia el alma de un avaro): Caramba! I viaje Vd!

—¡Ciertó! dijo la señora, son tan incapaces estos cocheros.

—Tan ásperos los coches, agregó la niña.

—Debemos agradecer, dijo entónces don Pedro, el que lo sucedido no haya sido mas que esto.

—I le parece a Vd. poco? replicó el viejo, amostazado; vea Vd: todavia tengo aquí el chichón...

—I aquí está el mio, como una manzana, dijo la señora tocándose la cabeza.

Yo, mientras tanto, me sobaba i resobaba mi hombro. La diligencia volaba bamboleándose i dando saltos por sobre aquellas lomillas, quebradas i barriales. I temiendo que la conversacion fuese a parar a lo de las pelucas i exacerbarse los ánimos de nuevo, quise darle otro jiro, i piqué a don Pedro diciéndole.

—Usted, señor, parece condecor de estas localidades, pues creo haberle oído decir que este camino puede variarse convenientemente por otro punto.

—Conozco todo esto palmo a palmo. Este no era el camino antiguo. Mire Vd. aquel llano que se divisa enfrente. Por ahí iba el camino de antes, hasta que el propietario de esos terrenos lo cerró, quitando al público una nueva via, i dándole esta llena de quebradas i precipicios.

—Eso sería dijo el viejo, cuando ese caballero fué intendente de esta provincia.

—No, señor, no necesitaba ser intendente para esto, porque siempre ha sido mas que intendente todavia.

—Cómo así?

—Es el ganador de elecciones de la provincia, contesto don Pedro, bajando la voz.

—Ya entiendo dije yo, sin poder dejar de reírme, apesar de que mis contusiones me tenían no de muy buen humor.

—No se ria Vd., me replicó don Pedro. No se ria. Sin duda Vd. no la residido jamas en provincia, porque si así fuese, sabría que los ganadores de elecciones son nuestros dioses por acá. La importancia de un individuo aquí no se califica por sus méritos o virtudes, sino por el número de votos con que cuenta. Hai ganadores de elecciones de primero, segundo i tercer orden. Los ganadores de primera fuerza son verdaderas potencias que hacen deshacen de todo, como i cuando lo quieren. A vez e. estoi por dar gracias a Dios de que no se les ha antojado todavía quemar las poblaciones. Sin embargo, tienen invadido todo estos lados del Sur. Ellos cambian los caminos o los llenan de agua con sus riegos; se exigen de las multas sin dejar de incurrir en ellas; ganan sus pleitos; no se les alzan sus deudores; compran al contado, aun cuando no tengan dinero; todo el mundo respeta sus fueros i torcidos derechos; i en fin, ellos son los que, sin ser gobernantes, gobiernan, pistean, arrean, apalean, ultrajan i....

—Pero, interrumpió el jóven, en Chile todos somos iguales ante la lei, i si uno de esos hombres. . . .

—¿Qué joven es Vd. ¿ cree que la lei es hecha para el ganador de elecciones? No ve Vd. que él es el que fabrica los diputados? Por consiguiente, sino es padre al menos es abuelo de las leyes, i estas tienen que agacharle la cabeza... pero fuera de broma; Vd. tendrá esperiencia i verá bueno. De todos modos, acuérdesse del consejo que le doi: no se meta Vd. nunca con un ganador de elecciones sino está muy bien afirmado en los estribos. Algun día puede ser que se acuerde de lo que le digo.

—Le agradezco a Vd. el consejo. Pero, ¿si yo me hago ganador de elecciones, i mejor todavía que el que pudiera hacerme mal?

Riñese don Pedro de la salida del jovencito, ile dijo:

—Eso es otra cosa; i le pronostico a Vd. que hara carrera en la política de estos tiempos, si sigue con tino la marcha que dice.

(Después he sabido que se cumplió el pronóstico de don Pedro, porque el mocito que era un aspirante de diputado, iba a cierto departamento a ganar una eleccion para sí; i se salió con la suya. Dios quiera que al pronunciar en la cámara su primer discurso, no le tiende el diablo con el recuerdo de la tuercecita i el caso de las pelucas.)

—Sí, señor, prosiguió diciendo don Pedro, hará Vd. carrera. Yo he visto hacer fortuna a mas de un individuo, con solo un par de elecciones que ganaron. . . .

Pero si este camino, interrumpió la señora, no conviene poraqué qué mas tienen que echarlo por donde Vd. dice?

—Porqué, ya Vd. lo ha oido, el gobierno no quiere malquistarse con algunos vecinos ricos.

—Ah! ahí ¿con qué eso hai, no? ¡Vaya!

—Por otra parte, añadió el joven, en Chile se respeta demasiado la propiedad, para

—Sí, respondió don Pedro, dice Vd. bien; en Chile se respeta demasiado la propiedad, ¡Ojalá se respetara igualmente los derechos sagrados del ciudadano! ¡Respeto a la propiedad! Esta es la palabra con que los gobiernos quieren tapar su desidia, debiendo decir, *miedo a los propietarios*. . . . Ja, ja, ja! ¡Si da esta risa! No tenemos buenas vias de comunicacion, por nuestro gran respeto a la propiedad i sin embargo, por quita allá esas pajas, se tiene seis u ocho dias preso a un ciudadano, con el fin de asegurar el éxito de una tramoya política Vaya con Dios con este *respeto*, que da gusto. Ja, ja, ja! Un gobernante tiembla al mandar abrir un potrero para que las jaentes puedan comunicarse entre sí con mas comodidad i no tiembla al coartar injustamente la libertad del ciudadano Ciertamente ¡qué respeto tan grande a la propiedad! Ja, ja, ja, ja,!!

La risa de don Pedro era seca, sarcástica, i tenia algo de terrible. Era una verdadera carcajada de dolor la que salia de aquella boca, i le aseguro que me estremeci involuntariamente al ver aquellos labios contraidos i aquellos ojos chispeantes. Algo habia en el esterior de ese hombre: su fisonomía manifestaba el sufrimiento de algun dolor oculto, talvez por vejaciones sufridas en su persona o en las de su familia. El quedó en silencio por algun rato, i su semblante se fue serenando poco a poco. Yo no quise dirigirle la palabra, hasta que él hablase, pues como tú sabes, hai silencios que deben respetarse. Después de un corto rato, articuló el viejo, como anudando la conversacion anterior.

—Soy del mismo parecer de don Pedro; i creo que mas que las tierras, deben respetarse los derechos del hombre.

—I los de la mujer tambien, agregó cándidamente la señora.

Este candor nos hizo reir a todos. Por aquí verás, amigo mio, como es que los viajes en diligencia tienen tambien su lado bueno por donde mirarlos.

Poco después el coche se paró de repente.

—¿Qué es esto? exclamamos todos.

—Nada, señor, contestó el cochero: es que el coche se ha pegado en el barro.

—Pues tire usted i sáquelo pronto.

—Si está mas pegado que un diablo! Las ruedas de adelante se han metido en un hoyo, i

—Madre i señora mia del Carmen! gritó la vieja, mientras la niña se dejó caer medio desmayada, no en los brazos del viejo, que se los tendia para servirle de apoyo, sino en los del jovencito que anduvo diligente en prestarle

auxilio. La señora mientras tanto gritaba llamando a todos los santos del cielo.

—Si no es nada, señora. . . . No tenga usted miedo.

—Pero señor, esta niña es tan nerviosa. . . . Cochero! cochero! un poquito de agua quitada el hielo. . . . Mira; en aquella casita. . . . Santa Filemena de mi alma! ¡Padre mio San Andresito! ¡Niña, niña; si no es nada. . . . Estos caballeros dicen que no hai peligro. ¿No es verdad?

Trajeron el agua, i con dos o tres tragos volvió en sí la niña, i quedó buena, después de unos cuatro o cinco suspiros. El coche estaba metido hasta la caja en el fango, i no habia forma de querer seguir a los caballos, que inútilmente pugnaban por arrastrarlo. Fué necesario que se buscasen dos yuntas de bueyes para sacar el carruaje; i como el barrial era respetable i nos impedia apearnos, tuvimos que esperar allí dos horas mortales que se demoraron los bueyes en venir. ¡Malditos caminos! decía el viejo. Pero lo bueno es que aquí no hemos sufrido golpe alguno (i se tocaba el chichon por sobre su peluca). Viaje usted, viaje usted.

Tendria que llevarme escribiendo tres dias, si quisiera relatarle todos los perances de mi viaje; i esta carta se va haciendo ya demasiado pesada i larga. Bástele saber que bien luego dimos con el rio de*** en donde, por haberse perdido el vado, nos dimos todos un baño, amen de la hora i cuarto que tuvimos que esperar en medio del rio, para que pudiesen sacar el coche de una maldita canal, en donde lo encajó la corriente i la brutalidad del cochero. Esa noche llegamos tarde a la posada de*** que llamaban *Hotel del recreo*, i que solo lo era por lo subido del precio del alojamiento. Allí dormimos. . . . miento, porque yo no dormi: no pude pegar los ojos esa noche, pues me dieron por compañero de pieza al viejo, quien no hizo mas que poner la cabeza sobre la almohada i empezar a roncar en *Si bemol*. A veces se me figuraba aquello el bramido de una locomotiva. . . . ¿por que habrá hombres, decía yo entre mi, que no saben dormir callados? ¿Por que habrá hombres descorteses, hasta cuando están dormidos? En fin, me lo pasé filosofando tola la noche sobre la miseria humana, i sobre la desdicha del que se ve precisado a viajar entre nosotros. A cada rato me acordaba de las palabras del viejo roncador: «i viaje usted!»

Termino aquí mi carta, por que no quiero molestarle con la relacion de los nuevos topones, mojaduras i embarraduras que en mi desventurado viaje me siguieron sucediendo. Afortunadamente, fuera de la descompostura del hombre, de un tajo que me hice en la frente, de un contipado que coji con dos mojadas de piés, i de haberse echado a perder una parte de mi ropa por la caída en el rio, de uno de mis bautes, fuera de esto, te digo, no me ha sucedido cosa mayor, i he llegado bueno, como dicen.

Mis recuerdos a los amigos i hasta luego—Tu afmo.

K. T. T.

LA AFICION POETICA.

Grande es el entusiasmo que por la poesía se ha despertado en nuestro querido Chile; vemos presentarse al mundo muchos jóvenes que, verdaderos alumnos de las Musas, llegarán a ser con el tiempo otros tantos motivos de lejítimo orgullo para nuestra patria que por mas de un título les deberá gratitud i les colocará sin duda en una de las mas brillantes páginas de su historia.

En nuestro siglo XIX, en este siglo de luces en que los hombres llegan a ser tales en una edad que, en siglos anteriores, hubiera parecido un anacronismo, el hombre vive mas aprisa, el talento natural se desarrolla casi completamente en la primera juventud, i aunque la edad viene mas tarde a madurar por entero sus ideas, no es nunca tan lejana esta época, como en otros tiempos en que se tenía el especial cuidado de mantener a los jóvenes en la mas dulce ignorancia!

Esta influencia bienhechora, se ha extendido igualmente a los poetas, i este es el motivo por que vemos aparecer al público, jóvenes que, atendido su edad i los limitados conocimientos que se le suponen, no pue-

den ménos que sorprendernos agradablemente, pues manifiestan que saben sentir i espresar lo que sienten de una manera tal, que nos hacen concebir grandes esperanzas para un porvenir que no está léjos de nuestros dias.

Pero al lado de esta grata esperanza, al lado de los jóvenes que han nacido poetas i que serán acreedores a este honoroso título, se arrastran otros que, aunque alentados por un laudable fin, vienen a demostrarnos que, llevados por la corriente del entusiasmo, han intentado, aunque vanamente, salir de la esfera que les corresponde, i que siguiendo este camino vendrán a corromper el buen gusto, pues es sabido i probado el antiguo proverbio que dice: *acl orador se hace i el poeta nace.*

A estos últimos me quiero referir en el presente voquejo. Trabajo sencillísimo es, sin duda, pues la opinion pública se manifiesta a cada paso contra esta especie i los caracteriza de tal modo que no dejan que decir al escritor que de ellos se ocupe. Pero yo no me dirijo a ninguno de estos en particular, hablo del *poeta* en jeneral; del poeta de *ultramar*, de esa planta exótica que no puede producir sus frutos en Chile i que busca otros lugares mas apartados donde tienen fácil salida.

Haciéndome las anteriores reflexiones me hallaba, i buscandome el modo de hacer un articulillo acerca de ellas, cuando mi buen Bonifacio, amigo mio, como muchos, de sombrero i chanzonetas, se me aparece a mi pieza, cuando ménos lo esperaba, mejor dicho, sin haberlo esperado nunca pues no me figuraba que alguna vez tuviera un motivo fundado para hacerlo; no por que tuviera ningunos malos antecedentes acerca de él, sino a causa de nuestras cortas relaciones de calle.

Don Bonifacio es un jóven de 19 a 20 años, facciones i hechos de un bonachon de esos que ni agradan ni desagradan por que son incapaces de lo uno i lo otro; un *Bonifacio*, en fin, como su mismo nombre lo indica.

Don Bonifacio entró con aire medio cortado i de confidencia; me alzé de mi asiento i salí a recibirle—Ud. por aquí, don Bonifacio? le dije: a qué debo el gusto de verlo en mi casa? continué pasándole una silla.

—A ciertas cosillas, replicó sonriéndose, que quiero consultar con Ud.

—¿Conmigo? en qué puedo servirlo? hable Ud. i disponga de mí en cuanto pueda.

—Gracias, no esperaba yo ménos de Ud. i por eso es que....

—Nada de reticencias, don Bonifacio, hábleme Ud. con franqueza i veremos que es lo que hai que hacer.

—Ya que Ud. se presta de buena gana, le diré que vengo para hablarle.... para decirle.... para darle a entender en fin que quiero dedicarme a la poesía.....

—Laudable propósito que no puede ménos que hacer honor al que le abriga, agregué yo conteniendo una sonrisa, pues conocía de lo que era capaz mi amigo, que al hacerme su confesion sudaba como un calenturiento.

Pasó un momento; don Bonifacio se repuso un poco i limpiándose la frente con el pañuelo añadió:

—Antes de decidirme he querido recurrir a Ud. para que me instruya.

—¿Yo instruirle, don Bonifacio? Ud. se chancea!

—Hablo formalmente; pero si Ud. se escusa....

—De ninguna manera, amigo mio; pero confieso que no podia haberse dirijido a una persona ménos apropiado que yo; un principiante debe buscar una persona competente.... porque entiendo que Ud. es principiante.

—Ahora no mas principio.

—Es decir que es Ud. principiante.

—Así me parecía.

—Pues bien, le repito que debe Ud. buscar una per-

sona competente que le haga practicar las reglas que ha aprendido en la Literatura.

—Pero si yo no la he estudiado nunca.

—Ah!

—Porque me parece que no es necesaria....

—Justamente, no es necesario ese estudio; no se necesita tanto, pero por lo ménos sabrá Ud. la gramática.

—Algo: no mucho, un poco de verbos i sustantivos, lo necesario, me parece.

—En efecto, con qué algo de verbos i sustantivos ¿eh?

—Sí, me han dicho que lo demas es inútil.

—I le han dicho bien, i en punto a autores, ¿qué ha leído Ud.?

—Algo de Dumas, Feval, Soulié, i Martin Rivas i Lecciones de Virtud, Moral i....

—¡Hola! tanto ha leído Ud.? eso le ayudará mucho.

—Pero mi fuerte esta en el conocimiento del corazon humano.

—Hombre! eso es mucho....

—He hecho un estudio especial de este puntito.

—Ha hecho Ud. mui bien; sabrá, por supuesto, que las mujeres son unas ingratas, pérdidas....

—Cabalmente; es por donde quiero principiar.

—Buen principio; debe tener Ud. ya mucha experiencia.

—Nó; pero....

—Ya comprendo; no es necesario decir lo que se siente. I ¿ha leído Ud. algo de Rioja, Herrera, Melendez, Moratin o algo por el estilo?

—Me parece que no hai para qué.

—Hace Ud. mui bien; si los leyera se perdería sin duda; esos señores han corrompido el gusto.

—Así me estaba pareciendo.

—I en cuanto a metros ¿cómo anda?

—Un metro cincuenta i ocho milímetros es mi última medida.

—¡Bravo! añadí sonriéndome; tiene Ud. la altura que mas disposiciones demuestra para la poesía; pero sabrá Ud. medir versos.

—Así, así, pero la costumbre....

—Sí; la costumbre lo hará todo. Me admiro, señor don Bonifacio, que con tan buenas disposiciones no haya hecho algo. Ud. debe tener mucho talento natural.

—¿Quién sabe, algo debo tener, sin duda, cuando soi tan aficionado, replicó pavoneándose mi amigo.

—No tenga duda de ello, amigo, Ud. será mucho en poesía, i ha leído Ud. algo en verso?

—La *Voz de Chile* cuando la encuentro a mano los sábados en el Hotel Ingles, i un cuadernito que repartieron *gratis* en cierto aniversario patriótico; pero desde ahora me voi a suscribir a la *Voz de Chile* i a la América que segun me dicen trae versos. ¡Como tengo que publicar tanto!

—¡No tenga duda que el público aguardará con ansia sus composiciones! Oh! su familia como se va a alegrar al ver sus obras.

—Diciendo la verdad, por ella lo hago, i como somos pobres, pienso hacer para el año entrante un tomo de mis poesías selectas.

—¡Con cuanta impaciencia le vamos a esperar, señor don Bonifacio.

—Pienso, (i esto se lo digo en secreto) tomar algo de otros que no sean mui conocidos, porque es necesario que forme mi reputacion.

—I lo conseguirá, no tenga duda ¿que se pierde? i en consonante como anda la cosa?

—No mui bien que digamos.

—Pero podrá decir *amada* con *adorada*, *vida* i *querida* etc. etc.

—Eso sí; no me cuesta mucho! sé ademas algunos

términos como *tétrico*, simbólico, i muchos otros que tengo que buscar.

—Hombre, Ud. sabe mucho! cuánto no le va a agradecer Chile el interés que por él se toma Ud. Sabrá también hablar mal de los versos ajenos, decir que no valen un pucho, que tienen este i este otro defecto, no es así?

—Será lo principal, para eso me las valgo.

—I se sorprenderá i dirá Jesús! qué barbaridad! cómo se atreverán ahacer tales cosas?

—Sí, sí.

—I cuando Ud. escriba pondrá palabras [retumbantes aunque nada digan i aunque Ud. no las comprenda.

—Entendido, pues.

—Don Bonifacio, exclamé entusiasmado, Ud. será el hombre de Chile! ¿porqué no ha tomado antes su determinación de poetizar? este es un crimen: Vuele, tome la pluma i escriba; muestre, cuanto antes, a la luz pública ese talento hasta ahora escondido; no se detenga! porque cada minuto perdido es un siglo.

Tomó su sombrero don Bonifacio, i casi corriendo salió de mi habitación con un entusiasmo tal, que sin fijarse atropelló uno de mis hermanitos que permaneció lago rato en tierra.

Desde ese día, que ya van trascuridos algunos, Chile cuenta con un poeta mas... como hai muchos.

J. SANTA-CRUZ VARGAS

LA SITUACION PERSONAL.

¿Con qué humor de los diablos me he levantado! Tantos golpeteos a mi puerta, me han impedido gozar del agradable sueño de la mañana. Deseoso de saber la causa me levanto colérico, paso a mi escritorio i el primer objeto que se presenta a mi vista es un vicho tan.... qué vicho! ¡el mas despreciable i repugnante que en mi vida haya visto. A primera vista, por su mirar torvo, su barba espesa i enredada i su traje de color indefinible le creí un mal intencionado: me encaro a él despues de tener cuidado de desnudar el florete de mi baston i ambos hicimos una parodia de aquella chuscada:

Ah, ladrón! No hai compasión. . . .!

Haré contigo un desastre. . . .!

—Señor, que no soi ladrón.

—Pues di ¿quien eres?—El sastre.

Acto continuo saca del bolsillo de su blusa, metamorfosis de un antiguo *men hicof*, ¡cuán larga era! una cuenta; un sudor frío corre por mi frente, no acierto a articular una palabra a la vista de tan poderoso enemigo.... repuesto un tanto de esta impresion, digo al sastre:—Está bien, yo pasaré por allá.

El sastre mantiene por un momento su posicion, combatiendo al parecer alguna idea que atraviesa su cerebro; pero se vá dejándole el cuidado de meditar sobre lo que son las deudas.

Retirado el malandrín i mi ánimo dispuesto por consiguiente a tranquilizarse un tanto del mal rato, determiné cerrar la puerta i tomar la precaucion de quitar la llave por si a otro enemigo se lo ocurriese, no contestando a sus repetidos golpes, atisbarme por el agujero i pillarme en el garlito. Pero ¡oh! fortunal no puesta aun la mano en la cerradura, una nueva cuenta que me aterroriza, que me horripila i ofusca, viene a ocupar el lugar de su antecesora.

Esta era de mi botero.

Mientras el truhan vomita su antipática relacion por la vijésima vez, i arregla las puntas de su corbata solferina que rodea los cuellos de una emisa de obo días, i con sus dedos crispados quiere obligar a su sombrero oculte enormes abolladuras que lo circulan; yo renegando de mí mismo me complazco al parecer de su vi-

sita, sacudiendo con mi pañuelo que para el efecto es traigo del bolsillo, el asiento que le ofrezco i que él admite sin cortesia ni ceremonia alguna.

—Suplico a Vd i amigo, me espere quince dias mas, Este tiempo he estado muy escaso a pesar de tener la mejor voluntad de cubrir su cuenta, las circunstancias no me lo permiten.

—No puedo, señor. He recibido del maestro la orden de demandarlo sino me la cubre hoy mismo.

—Pero, hombre, por Dios, hágase cargo, ¿qué saca Vd. con demandarme, cuando

—Que me pague.

—Pero, hombre, no teniendo, es inútil que me lleve a la cárcel, por que este paso no me hace mejorar de condicion.

—Sin embargo, lo haré i que lo pase Vd. bien.

—Márchese Vd. en buena hora.

Ido este maldito, que de buena gana lo ahorcara si pereciera con él la cuenta, me siento a lamentar mi desgracia. Una idea consoladora ocupa mi imaginacion: «quizas la suerte no sea del todo adversa; iré a casa de mi amigo N., le suplicaré, le haré protestas sin límites para ablandar su corazón, i pondré mi honor a cubierto de la chismografía Santiaguina.»

Hubo un momento en que la esperanza, esa fuente inagotable de ilusiones nunca realizadas, brilló para mí. ¡La esperanza!

Llego a la morada de mi buen amigo.

—¿El señor N. está en casa?

—Sí señor.

—¿Podré hablar con él?

—Aun no se ha levantado.

—Está bien; esperaré.

Parece que mi amigo habia adivinado que yo esperaba para pedirle un favor, porque se levantó mas tarde que de costumbre, sin motivo alguno, salvo su pereza.

Pero en fin, todo tiene término en esta vida. Su señoría, despues de darme un plantón de hora i media, abre la puerta de su dormitorio restregándose los ojos i envolviéndose en un gran chalón.

—Oh! qué feliz sorpresa, dime mi amigo; casualmente me disponia a pasar por tu casa.

—Ah ¡tenias deseos de verme!

—Sí, pero no es ese el principal motivo....

—¿Pues cuál?

—Toma asiento i hablarémos.

Mi amigo, despues de encender un cigarrillo i de toser unas cuantas veces para limpiar su pecho, me habló de esta manera: como tú sabes, amigo mío, desde que me constituí adorador de la E., para obtener este título tan honorable me fué menester echarme a paquete i elegante, porque así le gustan. Para el efecto tomé en la sastrería una variedad completa de trajes i de este modo he pasado seis meses aparentando lo que no era i lo que no tenia. Pero ha llegado el tiempo de la cobranza i al maldito sastre lo tengo a mi puerta veinte veces al dia amenazándome otras tantas en caso de no cubrirle pronto. Tu eres mi único apoyo i espero que no trepidarás en favorecerme en tan críticas circunstancias, que me impiden aun visitar a la E. por que temo ser conducido de su casa a la cárcel.

—¡Maldicion! exclamé, tan distante estoy de poderte favorecer, que el mismo motivo me ha conducido aquí.

—¡Ah! te vales de estratagemas tan poco jenerosas para.... eres un bribón.

—¿Cómo! Poco a poco.

—Lo repito; eres un bribón.

—Está bien; no dejaré impune tal insulto. Hasta mas ver.

—Abur.

Salgo de su casa con las orejas encendidas como

grana, mis ojos brotando fuego i la rabia haciéndome pronunciar sonidos inarticulados, que todos conducian a maldecir i desesperar de la suerte que me trataba con tanta crueldad.

En este estado enfrente a casa i me dispongo a entrar en ella, cuando una mujer me detiene saludándome de esta manera:

—Señor, dice la *madama* que le pague la cuentecita de los cuellos.

—Dígale Ud. que no quiero.

—Es que dice que siendo tan poca cosa....

—Várhese Ud., con cien mil de a caballos! I díle un fuerte empujón para hacerme paso i poder evitar que las miradas escudriñadoras de dos hermosas que se acercaban, leyesen en mi semblante la escena que pasaba.

Entro a mi pieza ávido de encontrar alguna persona en quien desahogar mi furor.

Asido fuertemente al palo de un plumero, descargo golpes mortales a diestra i siniestra sobre mis pobres muebles dejándolos en el estado mas lamentable.

La lucha duró diez minutos. Cuando el sudor bañaba mi frente i mis fuerzas estaban agotadas de fatiga, me recosté en mi lecho, testigo tantas veces de mis lamentos, murmurando esta fatal sentencia: *El que de-be paga i si no....* ¡Oh, vanidad!

DEL P.

POESIAS.

LA MILESIMA CANCION.

(IMITADA DE H. HEINE.)

Tienes perlas i diamantes,
Cuerpo airoso, rico ajuar;
I los ojos mas hermosos,
Lindura, ¿i aun quieres más?

Mirando esos ojos bellos
He compuesto ya un millar
De canciones inmortales,
Lindura, ¿i aun quieres más?

I con esos bellos ojos
Me has hecho tanto penar,
Que me tienes casi muerto,
Lindura, ¿i aun quieres más?

FELICIDAD.

Eres hermosa i eres
Niña gentil i niña de talento;
Ingenio i hermosura: ¿qué mas quieres?
Esa es la dicha; lo demas es viento.

Viento de tempestades,
Que en borrasca desecha el alma azota;
Ridículo oropel de vanidades,
Que mancha el alma, que el sentido embota.

Tú sabes lo que vale
Eso que dicha i pompa el mundo llama;
Dime: ¿hai algo en el mundo que se iguale
Al éxtasis celeste cuando se ama?

I tu amas i tu vuelas
Con tu espíritu audaz a otras rejiones;
I los sagrados éxtasis anhelas
En que absorve el amor dos corazones!

En vano externa calma
Cubre tu pecho i cubre tu semblante;
Por tus diáfanos ojos se vé tu alma
I se la vé sonriéndose i amante.

Si amas i amada eres,
Adora en tan sublime sentimiento.
El amor es la dicha: ¿qué mas quieres,
Niña gentil i niña de talento?

GUILLERMO MATTA.

A....

Nunca te hablé de amor, lo juzgué inútil.
Bien en mis ojos mi pasión leías;
Tú a mi lenguaje acaso respondías?...

Yo al ménos lo creí!
¿Me he engañado?—No sé—Creo imposible
Que al decirme el alma me mintiera:
Tu amor ha sido mi ilusión primera,
Siempre ha vivido en mí.

Tu amor fué para mí alma entusiasmada,
Que a los encantos del amor se abrió,
Dulce cual para un arpa la armonía
Primera que hizo oír.
I será vana esa ilusión primera?
Será ese amor que acaricié, mentira?....
El amor que hace estremecer la lira,
No, no puede mentir!

Cuántas veces tus ojos con los míos
Sin advertirlo acaso se encontraron!...
En momentos tan bellos qué se hablaron?...
¿No se hablaron de amor?
Esa palabra en eloquente idioma
Los míos entusiastas te dijeron....
Tus miradas talvez me respondieron....
Dí, ¿me engañó el error?

Ah! Cuántas veces ambos juntamente
En esas bellas noches del estío,
Bajo un cielo purísimo, bien mío,
Yo feliz junto a tí,
Guardábamos silencio, i nuestros ojos
Hablaban lo que el labio no decía....
Frases de amor que nadie comprendía,
Mas, nuestras almas sí!

Recuerdos de mi amor i mi ventura,
Venid, venid, i acariciad mi mente:
Con vuestras tibias brisas por mi frente
Marchita, resbalad!
Feliz aquel que en sus amores vive,
Que habla de amor con la mujer que adora,
A quien jamas desengañó traidora
Funesta realidad!

Oh! Si en tus ojos el amor leía,
Si el fiel cariño que hacía tí abrigaba
Eco en tu noble corazón hallaba,
Si era todo verdad;
Si me amabas, mi bien, cual yo te amaba,
Si tus hermosos ojos no han mentido,
No des nunca tu amante a ingrato olvido;
El siempre te amará!

M. R. C.

ESPERIENCIA.

Me han enseñado los años,
Maestros del bien i el mal,
A fuerza de desengaños,
Una lei universal.

I es la lei del egoismo
Que nadie no respetó:
Antes yo, despues yo mismo,
Yo en seguida, i siempre yo.

De la ciencia de la vida
Con esto tengo la clave;
Pues quien ya tiene sabida
Esta lei, todo lo sabe.

Así, yo sé que el honor
Es un viejo mamarracho,
Que no causará pavor
En el día ni aun muchacho.

Sé que el amor es pampina,
La gloria viento zumbón,
La ilusion ficción mezquina,
Lodo impuro el corazón.

La esperanza una coqueta,
La caridad bobería,
La virtud una careta,
Palabras la poesía.

La amistad una impostura,
La creencia necedad,
La honradez una locura,
Un sueño la libertad.

El patriotismo ambición,
La conciencia una flaqueza,
Mentira la abnegación,
I vanidad la largueza.

Esto i mas me han enseñado,
Maestros del bien i el mal,
Los años de mi pasado
En su carrera fatal.

Ved si vale la experiencia;
Dudando de lo que veo
Llega a tal punto mi ciencia,
Que hasta creo en que no creo.

ABEL LLANOS.

SONETO

ESCRITO A IMITACION DEL SIGUIENTE DISTICO

DE AUSONIO.

*Collige, virgo, rosas, dum flos novus et nova pubes,
Et menor esto ævum sic properare tuum.*

Coje, niña, las rosas, mientras dura
La edad de los placeres en la vida,
Que huye veloz la juventud florida
I vuela como un soplo la hermosura.

Hoy que te halaga la ilusion mas pura,
Lleva el labio a la copa apetecida.
Quien tarde en el festin halló cabida
Dolor tan solo i desengaño apura.

Piensa que cual se agostan esas flores,
Así en la vida el celestial contento
I el placer pasa i pasan los amores.

No aguardes a la edad del escarmiento
I, de tu alba a los claros resplandores,
Abre tu corazón al sentimiento!

ENRIQUE DEL SOLAR.

Valparaíso, febrero 28 de 1864.

LA RELIION.

Raudos corren los días de mi vida,
Negro manto me oculta el porvenir,
I desmayada mi alma i abatida
Nada encuentra que le haga sonreír.

Volaron ya los májicos encantos
De otros tiempos de dicha i de placer,
¡Cuán presto se tornó mi risa en llanto,
Viendo deshecha la ilusion de ayer!...

Densa nube oscurece mi existencia;
Solo siento el rujir del Aquilon,
Azotada es mi nave con violencia
Por las olas en negra confusion.

Mas una luz diviso en lontananza,
Faro eterno de vivo resplandor:....
Tú en la vida sostienes mi esperanza,
Luz que esparció en el orbe el Redentor.

J. J. E.

CANTARÉS.

I.

Tanto te veo gozar
Cuando me sientes sufrir,
Que cuando vas a reír
Me dan ganas de florar.

II.

Del asesino la historia
Causa siempre indignación,
I en una mujer es gloria
El matar un corazón.

III.

Hasta mi dolor mortal
Bendeciría también,
Si te hiciera a tí algún bien
Hacerme a mí tanto mal.

IV.

Le pido a la Virgen buena
Que tú no mueras primero,
Porque es más triste i no quiero
Que a mí me mate la pena.

ROCIO.

Cuando a las flores veas tomar matiz sombrío,
El llanto de la noche, deseando en su dolor,
No dejes que se mueran por falta de rocío,
Al aire libre deja que vivan con su amor.

Ah! mira, en el secreto de la existencia mia,
Rocio es tu mirada i es flor mi corazón.
Cuando jemir lo veas temblando de agonía,
Una mirada tuya será su salvación.

SUEÑO.

Dormía, pero en mi alma velaba el sentimiento,
I en la terrible angustia de mi fatal pasión,
«Oh! no hai amor, decía, cediendo a mi tormento,
Mentira son sus goces, mentira su ilusión»

Un ángel vino entonces radiante de inocencia,
I díjome, cubriendo su seno con pudor:
«¡Impío, no reniegues lo que es de Dios esencia.
¿Cres tú que hubiera cielo, si aquí no hubiera amor?»

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

ARABESCOS.

Necesario es echar una rápida ojeada hácia el pasado de nuestra vida política, para introducir a don Melchor de Santiago Concha i señalarle un lugar adecuado en nuestra galería parlamentaria.

El escritor político, como el hombre científico, para juzgar con mas certidumbre, tiene que investigar las causas, buscar las razones, rastrear, si es posible decirlo así, la huella de los principios i de las tendencias que han dominado en ciertas épocas, para esplicar el sello particular, oriñal o indeterminado, que no pocas veces se encuentra en la fisonomía, en el carácter, en los hábitos, en las teorías i hasta en el vestido de cierta clase de hombres. Difícilmente podrian retratarse sus fisonomías, sin comprenderse i estudiarse esas tendencias. Los hombres políticos, diversos en esto a la jeneralidad de sus prójimos, se asemejan a esos animales de transición, como el murciélago, i reciben las impresiones de dos naturalezas a veces acordes i a veces, cosa que sucede frecuentemente, en un todo diversas i hostiles: la naturaleza humana que trajeron al nacer, i la naturaleza política que les ha dado su *partido*, es decir el círculo de ideas i de aspiraciones en que han vivido. Don Melchor de Santiago Concha es uno de estos hombres i representa en el actual Congreso de 1864, al partido de 1823 i de 1828, de 1839 i de 1846, en una palabra, al partido *pipiolo*, que ya no existe i que ha pasado a ser un partido histórico, o lo que es lo mismo, que entra en la categoría de las modas que no se usan.

En su época, no hai duda, este partido trabajó con empeño por aclimantar en Chile algunas libertades i ciertas costumbres mas o ménos democráticas; i hubiera podido obtener mejores resultados si los hombres que entonces lo dirijian hubieran tenido mayor inteligencia en los negocios públicos, i una suma de conocimientos igual a su patriotismo i a su desinterés. Por desgracia, entre los pipiolos descollaron caractéres enérgicos, tribunos fogosos, atrevidos revolucionarios, patriotas sinceros, republicanos austeros, pero ningun hombre capaz de gobernarse a si mismo para gobernar a los otros, ninguna inteligencia de hombre político clara i perspicaz que mereciera el respeto i las consideraciones de un verdadero hombre de estado.

Como sucede siempre en todas partes, el *pipiolismo*, partido de buenos patriotas al principio, fué dejenerando a medida que se desorganizaba i a medida que las ambiciones i las especulaciones políticas iban tomando mas incremento i mayor importancia. I hubo de llegar a tal grado la desmoralización de ese partido, que corriendo los años se convirtió en el almacigo de todos los parásitos gubernativos, i a él fueron a buscarse los planteles que han formado mas tarde los gobiernos de la centralización i de los estados de sitio. Educados en una escuela de falsos principios de política i de gobierno, los malos *pipiols* convirtieron su nombre en los sinónimos de desconfianzas, busca-pleitos, trama-motines i otros por el estilo.

Sin embargo, apesar de esa dejeneración, apesar de ese naufragio de un partido político, quedaron algunos botes de salvamento, montados i dirijidos por buenos patriotas, i que arribaron a una playa sin lesión alguna. Uno de estos botes de salvamento, fué la Constitución de 1828, no despreciable por cierto, i que bastaría por sí sola para honrar a sus constructores, si la obra hubiera tenido la fortuna de escapar con vida i de gobernar a Chile por el espacio de tiempo que lo ha gobernado i desgobernado la Constitución de 1833. De todos modos, i sea que se considere a aquella Constitución como la mejor que hayamos tenido, sea que se le considere como la peor, lo que cumple a nuestro propósito no es defenderla ni deprimirla, sino demostrar que en ella se aglomeraron, como cristalizaciones políticas, ciertas ideas i ciertos individuos. Ni estos ni aquellos se han podido desprender mas tarde de ese punto de cohesión i han pensado, juzgado i raciocinado, segun sus influencias i siempre adhiriéndose a ese punto. Para esos personajes, el pais no ha marchado, las ideas políticas no han variado, i el terreno de sus luchas i de sus escaramuzas no salva nunca el

círculo de Popilio que les trazara su partido hace cuarenta años. Una de estas cristalizaciones i quizás la mas pura en su formacion i en sus manifestaciones, es don Melchor de Santiago Concha.

Veámoslo ahora en el Congreso actual, en el que representa un recuerdo del pasado i figura unas de las mas caprichosas estalactitas del pipiolismo. Ni los años trascurridos, ni los reveses políticos, han sido capaces de quitarle el aire de familia que lo da a reconocer como uno de los pocos vástagos que sobreviven de aquella ya casi romanesca faccion. Con sorpresa lo vimos aliarse con el peluconismo, su enemigo de cuarenta años. Sin embargo, los que creyeron ver en esta evolucion de Concha un cambio de ideas, se equivocaron; ha seguido siempre siendo liberal a su modo, es decir, *pipiolo*. Esta costancia que lo caracteriza es verdaderamente digna de elogios en un país en que los hombres políticos cambian como las estaciones del año.

No bien se abrieron las sesiones del Congreso, cuando Concha presentó su proyecto de reforma constitucional como para disipar las dudas que pudiera haber enjandrado su alianza con la Fusion. En este proyecto, que ya otra vez ha sido presentado a la Cámara i rechazado, se encuentran consignados los mismos principios en que se basaba la constitucion del 28, verdadero ideal de Concha. Estas ideas *pipiolas* por mui avanzadas i aceptables que fuesen hace treinta años, tienen ahora mucho que reformar, muchos principios controvertibles i su representante en el Congreso no es en manera alguna el representante de las verdaderas aspiraciones del país.

En vano hemos tratado de encontrarle una fase por donde mostrarlo al lector, ya que es necesario diseñarlo aunque sus facciones no tengan otra espresion que la que le dan su probidad, su constancia, su buen sentido i lo sano de sus intenciones, cualidades todas que no bastan para hacer del hombre político una figura distinguida. Inútil sería esplanar sus ideas, escudriñar sus intenciones para despues no poder sintetizar, si así puede decirse, el resultado i formar con él algo que pudiera figurar siquiera una imájen del hombre, aunque fuera pálida i descolorida. Bajo el punto de vista del orador que hemos mirado a los miembros del Congreso, no encontramos en Concha esas dotes que en otros hemos tomado en consideracion, ni presenta tampoco otro lado por el cual pudiera buscarse el perfil, que no sea el indefinido i casi mitológico del *pipiolo*.

La naturaleza, la sabia naturaleza ha negado a Concha las dotes oratorias; pero ha habido veces. como por ejemplo, cuando atacaba en la Cámara la famosa lei de responsabi-

lidad o confiscacion civil, en que eran tales los esfuerzos de su intelijencia i la fuerza de su conviccion, que daban que hacer a sus adversarios lo nutrido de sus tiros, el vigor de su razonamiento, i mas que todo, su invencible tenacidad.

No debemos olvidar lo que arriba dijimos sobre las dos naturalezas que obran sobre los hombres políticos i que a veces se muestran hostiles, como los polos del mismo nombre en una vara magnética, que se repelen i parecen tenerse horror. Este mismo antagonismo nos ha parecido encontrar en Concha. Parece que la naturaleza de su ser es enteramente contraria a la de sus ideas i que jamas podrán obrar uniformemente, como esas máquinas cuyas ruedas no han sido construidas calculando la fuerza de los cilindros o ejes en que se apoyan.

En resúmen:

Concha pertenece al partido de la Fusion; es *pipiolo* neto (*pur sang*), i es uno de los políticos de mas peso de la mayoría del Congreso. Este elevado puesto lo ha obtenido a fuerza de constancia i en razon de ascensos por antigüedad.

ECOS DE LA SEMANA.

¡Cuán variados, pero tambien cuán desagradables han sido los ecos de estos últimos dias! De todas partes hemos oido repercutir lúgubres sonidos que anuncian una no lejana conflagracion. Sin embargo, nadie se inquieta i la mas imperturbable calma se ha apoderado de los espíritus. Qué felicidad es poder contemplar los acontecimientos sin dar señales siquiera de sorpresa, de temor, de irritacion i ni aun de admiracion!

En vano se oye gritar a la prensa: la situacion se empeora, el equilibrio americano se pierde, la política espectante nos coloca al borde de un abismo, las horas que se van valen siglos de siglos. Todo esto es lo mismo que predicar en desierto, nadie se mueve.

Llega la resolucion del gabinete de Madrid i todos se miran las caras como asustados. Vienen la palabra del marques de Molins i la voz del ministro Pacheco formando un concierto estupendo de dislates, desatinos garrafales i toda especie de vaciedades indecorosas, propias solo de hombres envilecidos por la corrupcion de las cortes; i esto solo produce desden. Llega la ardién-palabra de Sicoli, la voz de la nueva Italia, capaz de hacer delirar de entusiasmo, i apenas produce una ligera sensacion.

Síntomas fatales serian estos, si no hubiera motivos para creer i esperar que no son efecto de un letargo sino de una distraccion. O será que la reflexion ha producido ya el convencimiento i en medio de una calma aparente arde en los corazones una llama incandescente como el fuego de las Vestales. Así creen muchos, pero yo casi lo dudo. Se oye decir a menudo que los ánimos están indignados con la conducta páfida i quijotesca de la España, pero solo en la prensa se encuentra esa indignacion, esa buena voluntad que era de esperarse de todos los círculos i de todos los ciudadanos. Los ganzos, los murciélagos i los demás animales políticos que bullen en todas las esferas de la sociedad, miran con desden la solemne situacion de la América. Pero a qué hablar de estos vichos con seriedad cuando causan tanta

risa como causan los discursos del senado español, o cuando menos tan grande cólera, como la de algunos senadores de esta tierra, que han estado hidrófobos por que se suprimió la oficina de inspeccion jeneral de escuelas? En este sagrado recinto de los padres conscriptos es en donde se alberga el entusiasmo por la causa de la....

Iba a decir instruccion primaria, pero me abstengo de todo mal pensamiento. Si tuviera la desfachatez de los periodistas españoles, mal parados quedarían mas de cuatro, pero no quiero parecerme a ellos ni aun en esto.

Dicen los hidalgos manchegos que los americanos son sus hijos, pero los tales hijos no quieren tener tales padres i hacen bien por que nada les deben.

En vano quieren hacer cree que nos han regalado dos cosas que les dan derecho para reclamarnos como hijos: la cruz i la lengua. Pero lo que hai de cierto es que ni una ni otra trajeron solas, ni nos las dieron regaladas. En lugar de hablar español podían hablar quichua o azteca, o bien araucano, i por lo que hace a la cruz no habría faltado quien la trajera por que cruces hai en todas partes. La verdadera cruz que nos han legado i la mas pesada de todas es la de las barbaridades i plagas que tienen postrada a su patria, el cascaron mas roñoso de la Europa. Este regalo sí que no lo olvidaremos tan pronto porque está inoculado en la sangre, en las ideas, en las instituciones i en las costumbres de los pueblos americanos, gracias a los hidalgos manchegos que conquistaron a esta América a sangre i fuego, i haciendo desaparecer mas de una raza de seres humanos. Estas son sus glorias, en verdad bien tristes, i ahora que las ven al traves de los años tratan de resucitarlas como trataba don Quijote de hacer volver los tiempos de la andante caballería. Parece que la descomunal hazaña Pinzonesca de la toma de las islas de Chíncha había sido anunciada por sor Patrocinio. También se cuenta como un milagro de esta nueva sibila el haberse salvado Mazarredo de las garras de cuatrocientos negros furiosos que le dieron un terrible cotejo en toda la estension del Istmo.

Aquella noble encerrada que tanto se ha celebrado entre nosotros penetró de tal espanto al rejio comisario, que ha quedado viendo vestigios, gigantes, encantadores i fantasmas perseguidores de su persona i de su sangre, como él dice. Es esta la misma escena que el inmortal Cervantes refiere del caballero de los Leones después de la encerrada que le dieron en la venta. Aquí haré notar que es un error creer que estelijero entretenimiento tiene orijen frances. No es pues, Edmundo About el primero que ha gozado de los acordes sonidos de un millar de instrumentos de lata, còbre i demas materias sonoras. Pero los franceses quieren atribuirse todos los descubrimientos i ya habian, como de costumbre, apuntado ese en el inmenso catálogo de las endiabladas invenciones de su pueblo para embromar a sus prójimos.

Este prurito de atribuirse lo ajeno no es solo de los franceses, es tambien jeneral i mui comun entre nosotros. Por cada idea, por cada proyecto que aparece, se presentan treinta autores que reclaman el derecho de propiedad. Ahora con motivo de la celebracion del aniversario de la patria, lluven los proyectos i los inventores. No falta quien diga que él ha sido el autor de la idea de elevar una estátua al jeneral don José Miguel Carrera, i si no la hubiéramos visto llegar de ultramar, tampoco faltaria quien dijera ser el escultor que la ha modelado.

Se asegura que a pesar de su escasez de fondos, la Municipalidad tiene el propósito de inaugurar este nuevo monumento de las glorias de la Independencia el dia 18 de Setiembre. No sería concebible que por falta de mil pesos dejase de solemnizarse el aniversario de la in-

dependencia con la inauguracion de la estátua del primero de sus campeones. Este es el mejor medio de celebrar a la Patria.

Qué vean los monarcas i pueblos europeos que al mismo tiempo que entre ellos se tratan planes de conquista i dominacion en América, los americanos elevan estatuas e inmortalizan en el bronce a los que les dieron patria i libertad. No debe olvidarse la Municipalidad la situacion de la América.

La proximidad de toda especie de fiestas tiene absorbida la atencion de ambos sexos. La primera funcion filarmónica ha dejado tan buenas i agradables impresiones a los que a ella asistieron, que solo piensan en ver repetirse la serie de sus placeres i alegrías. ¡Cuántos corazones laten desde aquella noche con mas precipitacion! Cuántas juvenes i sencillas almas sintieron entónces por vez primera la vaga e incomprendible emocion de un amorcillo que habrá ido creciendo, i cuyas dulces ilusiones esperan ir a ver florecer en otra noche de danzas i embriagadoras melodías!

Anoche hablando de esto con un amigo me decia que primero se dejaría cortar una oreja que dejar de ir a la segunda funcion filarmónica. Mira, me decia tú no puedes imaginarte la cantidad de hermosos pimpollos que va a asistir a la próxima funcion. Ayer he recorrido toda la ciudad en busca de una modista, para que le hiciera un traje a una tía mia que ya es señora cuarentona, i sin embargo está loca por ir al baile. Todo fue inútil, no pude hallar ninguna que tuviera lugar de acabar un vestido en quince dias por la infinidad de obras que les están encargadas, todas para niñas de lo mas elegante. Ya he perdido la esperanza de que mi tía asista, si no es que ella se tome el trabajo de coser sus trapillos. No dejes de ir tú tambien.

— Si va tu tía.

— Sí; tengo por seguro.

— Dile que tendrá el gusto de acompañarla, pero vé modo de que no lleve aquella maldita caja de rapé que mas parece baul, ni se ponga los adornos en la cabeza; aquellos de *pingorote* que tú sabes.

— Está bien. Adios, hasta la vista.

— Adios.

— Pich, chuit. No dejes de ir.

— Bueno, le respondí casi a una cuadra de distancia.

Esta buena disposicion para divertirse que se nota en todos los círculos i salones, hace esperar mui buenos ratos en los dandys:

— El juéves uno de los jóvenes Buslay ejecutó por primera vez la difícil prueba del trapezio volante. La concurrencia no era mui numerosa, quizá porque se dudaba de la maestría con que el intrépido acróbata se lanza desde un trapezio a otro. Es verdaderamente admirable la agilidad, la fuerza del joven Buslay. El público comprendió las dificultades que es necesario vencer para ejecutar esta difícil prueba, i le prodigó repetidos aplausos.

Pero mucho mas que estos, mas que los palmoteos i los bravos deben halagar el valor i la destreza del joven acróbata esos gritos furtivos, esos tímidos ¡ai! que se escapan de la boca de una linda niña, cuando teme ver al acróbata succumbir a los peligros en que a cada momento se espone.

Por cierto que mas de uno de los que están en la platea mirando las pruebas con la boca abierta, habrá tenido mas de una vez envidia i habrá deseado andar a vueltas i revueltas por el aire para alcanzar el premio de esa dulce sonrisa que sucede a la contraccion del temor en los labios de la niña, después que el hábil gimnástico se salva gallardamente del peligro.

— En estos dias ha llegado a Santiago el señor Piedrahita, agente diplomático del Ecuador, que trae no se sabe que mision para nuestro gobierno. ¿Que será?— Allí veremos.

Algunos temen que vengan a desenvolverse aquí

las teorías del gobierno de García Moreno i que traiga también olor a no sé qué rumores que corrieron con respecto a aquel caballero en la cuestión peruano-española. Otros dicen que estamos en el buen camino. De esas conjeturas resulta que muchos nos quedamos como el marqués de Caravaca, diciendo para nuestro capote:

¿Si será? si no será?

—El *Correo Literario* da las gracias con toda sinceridad a los señores diputados, por haber aprobado el proyecto del porte franco para diarios i periódicos. Ahora el viaje le costará ménos i los señores diputados (los retratos) llegarán con mas facilidad a las provincias, donde tendrán el gusto de verlos a mas bajo precio luego que sea sancionada la lei.

—Escribiendo las líneas anteriores nos ha sorprendido la noticia del fallecimiento del señor don Wenceslao Vial. Atacado de una penosa enfermedad, el señor Vial dejó de existir en la noche del *Viernes*, a los 41 años de edad, dejando un doloroso vacío en el hogar de su amante esposa i en el corazón de sus amigos. A una i a otros damos nuestro sincero pésame por tan sensible desgracia.

P. Q.

MOSAICO.

No es disfras.

Dicen que no es natural
Que siendo don Blas tan rico
Ande vestido tan mal.
¿No es natural que el borrico
Tenga la piel siempre igual?

Histórico

Un predicador decía,
Entre otras muchas lindezas,
Que a Dios pedirse debía
Nos librar de flaquezas.

Luego, sin mas atender,
Un hombre exclamó: Señor,
Libradme de mi mujer
Que es mi flaqueza mayor!

Anomalia

Cuando veo a caballo ciertos hombres
Me causa admiracion, pero me callo;
Porque muchos conozo, no te (asombres)
Que debieran cargar a su caballo.

Médico, poeta & duende.

(AVESTRUZADA.)

No hai quien tolere sus versos,
Por encontrarlos perversos;
Nadie sus recetas quiere
Porque de fijo se muere;
Ni los mismos fusionistas
Pueden tragar sus revistas
Que paga bien un alcalde
I que son caras de balde;
Así es que el necio poeta,
I el médico sin chaveta,
I el escritor que se vende,
Son ménos que nada... un duende.

MÉTODOS I SISTEMAS.

Si quieres ser un dandi, elegante, fashionable, leon o como mejor quieras llamarte, de la clase especial que componen unos cuantos actualmente en la Capital, tendrás que observar el método siguiente:

1.º Asistirás a todas las tertulias a que puedas hacer te convidar.

2.º Llevarás la ropa limpia, aunque lleves la conciencia i el alma sucia.

3.º No sabrás nada mas que unas cuantas frasecillas de *frankaise* i por lo demas aunque no sepas escribir tu idioma.

4.º Serás mui *flis*, medirás tus palabras para con las niñas, aplicándoles a cada tres o cuatro, unas dos o tres dracmas de babosidad, tres onzas de superficialidad, i una libra de empalagosidad saturada de un poco de machiafeminacion, es decir de *tr-reer* sexo.

5.º Te surtirás de la sombrerería de Basilisco, el cual espilará tus pasos todos los dias i al fin del mes te esperará a la puerta de tu casa para atraparte sino le pagas la cuenta, como se hace con la jeneralidad de tan buenos marchantes.

6.º Andarás a la pesca de tertulias o bailes donde haya mesa, para sacar tu vientre de mal año.

7.º Cuando estés entre niñas les dirás que están mui bonitas, (aunque sean unos cuervos) les elojiarás todos sus defectos (este es el modo *sine qua non* de caer en gracia a la mujer i a los Gobiernos) les tocarás el jénero del vestido i les dirás que todos sus colores son mui lindos (aunque estén vestidas como coristas o cómicas) i por último te harás como esos *puchichos* festivos, que empiezan a bailar i mostrar los dientes en cuanto ven a su ama, (aunque con esto degrades el sexo a que perteneces i profanes la vestimenta del hombre.)

8.º Si supieres algunas otras cositas por el estilo, no las omitas, porque contribuye mucho a crearse entre el bello sexo (hablo de cierto bello sexo) la reputacion de *amable, agradable, simpático*, etc.

9.º No conversarás sino de bailes, modas, de casamientos, de fulanita i santanita, de sus adornos, de sus vestidos, de sus dientes, de su pelo, etc.—Dirás que te gusta mucho *La flor de undia*, (aunque no la hayas leído nunca,) pues es la que les gusta a algunas niñas.—No hables nada que salga del radio de la ciudad; es preciso no saber si San José o Puerto viejo queda en tal o cual punto.—Si por alguna casualidad hubieses estado en Europa, meclarás en tu conversacion un poco de *Bulevar*, de *Palé ruallal*, de *Por de San Mar-tan*, de *Fobur de San Yerman* i otras cosas que se parezcan.

10.º Cuando oigas hablar de política, de reformas i mejoras para tu pais, de literatura, de leyes, de derecho, de ejército, de rentas, de ciudadanos, (como que no entiendes nada de esto) te harás a un lado i seguirás hablando a las muchachas del peinado, de los guantes que han salido mas a la moda, de los tules i encajes, de los bordados, de las buenas comidas, del *pulé trafé*, del *puason* a la *mirinada*, de los *croketes* del frances tal, de los *sanduichis* etc.—Con esto i otras cositas que tú arreglarás a tu modo i con tus dedos, conseguirás el objeto arriba espesado, pues lo demas queda a la discrecion de la pedantería, petimetrería, i estravagancia.

A los señores Agentes i suscritores de provincias

Sé les suplica tengan la bondad de mandar a la mayor brevedad posible el valor de sus suscripciones, pues siendo esta anticipada hasta ahora no hemos recibido sino de dos provincias. Como este periódico vive de sus abonados creemos que no tendrán a mal esta súplica.

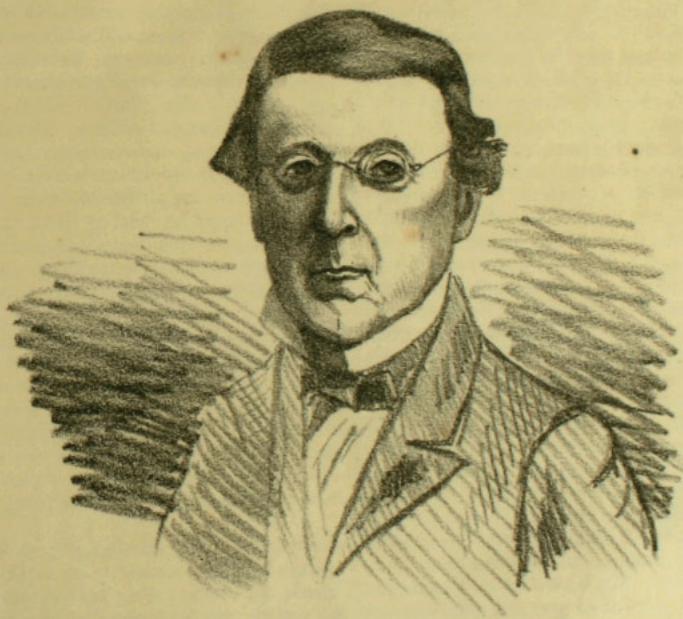


¡Dios! lora no de todas layas.
De una lora lasciva
Enamoróse un mono de Loyola,
Y quebrándole huevos con la cola
Hízola de su amor lora cautiva.

Vió salir de la cáscara á ese chico
Imitando en el cuerpo á un ser humano.
De un huevo salió el chico; ¡ por supuesto
El chico no ha nacido, ha sido *puesto*.



CONGRESO NACIONAL.



D. MELCHOR DE SANTIAGO CONCHA.